## Enfoque histórico-psico-ginecológico de las mujeres del Antiguo Testamento.

Dr. Julio Cruz Hermida

Prof.Titular de Obstetricia y Ginecología de la Universidad Complutense.

Correspondiente

Con mi gran afecto y admiración al Doctor Rafael Sancho de San Román, en su homenaje Académico.

onsidero el relato que se hace de la mujer, a través de las Escrituras, de una fuerza sugestiva realmente impresionante. La hembra de los tiempos del Génesis y del resto de los Libros Sagrados es una piedra de contraste con los severos rasgos de los patriarcas y caudillos de la era precristiana.

Decía Marañón que "el hombre tiene construida su economía para el desgaste; es decir, para la lucha en el ambiente externo. La mujer está hecha para el ahorro de la energía, para concentrarla en sí, no para dispersarla en torno". Y esa energía contenida es la base vital que genera la fuerza emotiva de la Humanidad.

La lejanía de los tiempos, misterio que empapa el Antiguo Testamento, hace más sorpresivo el hallazgo de tipos femeninos que responden a unos dictados de conducta vigentes en las mujeres de nuestra época. Afirma Morton que hoy día "muchos están familiarizados con la inteligencia y firmeza de Sara, la orgullosa y senil maternidad de Rebeca y la belleza de Raquel. La mujer de Putifar aparece en los periódicos de diferentes guisas. Y Dalila es un personaje bien conocido de la policía y los juristas".

Hemos pretendido seguir un orden cronológico desde las primitivas descripciones del Génesis hasta finalizar nuestra base bibliográfica con el libro de Judit. En todo ese trayecto de eslabones que concatenan la vida de nuestro planeta siempre encontramos a la mujer al lado del hombre. Aseguraba Oxienstern, con envidiable intuición, que "las mujeres son amantes para los hombres jóvenes, compañeras para los maduros y nodrizas para los ancianos". La longevidad de las figuras bíblicas hace posible, como veremos, este último supuesto.

Intentemos la empresa de enjuiciar los rasgos femeninos con objetividad, pero al influjo de un sentido amable y apologístico. "Para escribir sobre las mujeres —como recomendaba Diderot— hay que mojar la pluma en el arco iris y emplear como secante polvos de ala de mariposa."



No hagamos más largo el preámbulo. Abramos el telón del teatro de los siglos, mejor, de los milenios, y hallaremos en escena a nuestra primera mujer, a nuestra primera madre, al producto femenino de Dios.... a EVA.

Cuando el Génesis, con la solemnidad y grandeza que encierra los orígenes de la Creación, describe esa maravillosa parábola —con las portentosas obras del alfarero divino, que finalizan en el descanso sabático; jornadas que compendian posiblemente la evolución cosmogónica de millones de años—, surge la aparición del hombre, quizá tras un largo y lento proceso de hominización.

Ese hombre, polvo del suelo —adamá—, logra la perfección corporal al influjo del misterio anímico. La insuflación divina del alma lo convierte en el ser primario de la Creación, colocándolo en un singular paisaje: el jardín del Edén, rico vergel y

prístina fuente del más perfecto sentido de égloga.

Tenemos, pues, a Adán en un paraíso que geográficamente cabe encasillarlo en el Oriente Medio. La cuna del hombre bien ha podido integrarse en las parcelas que gritan los nombres de Asiria (Azur), Arabia o la Etiopía africana (Jávila) y Babilonia (Sinar).

El limo fertilizante de los ríos Jiddéquel (Tigris) y Perat (Eufrates) potencia la riqueza natural de este Edén y confiere al ambiente un bucolismo sobrenatural.

Adán, criatura humana a semejanza divina, se siente solo. Algún misógino aseguró que "Dios, estimando que no estaba lo bastante solo, decidió darle una compañera para hacerle mejor sentir la soledad". Naturalmente que ello es una opinión humana con insinuante carga de despecho femenino, totalmente inaceptable. Yahveh piensa que el hombre debe compartir su vida con otra persona homóloga en la especie, aunque antagónica en el sexo — "no es bueno que el hombre esté solo" —. Y no estimamos que la creación de la mujer tuviera únicamente el fin de ser el complemento del hombre para la procreación, implicando en ello la aceptada teoría monogenista de la Humanidad. Dios, evidentemente, sublimó el concepto de compañía.

Que la hembra sin macho puede tener descendencia lo observamos en el ejemplo de algunas especies animales que cumplen su reproducción

<sup>^</sup> Eva (pintura de Alberto Durero).

al dictado de la partenogénesis; es decir, una reproducción asexual por hembras no fecundadas. La mujer tiene un sentido ontológico primordial de compañera del hombre y, como proveniente de él, es la *hembra*. Y aunque sí es secundaria al varón, su importancia biológica la otorga una preeminencia tal que hace exclamar a Lessing: "la mujer es la primera obra del Universo".

Si el hombre es creado —desde un sentido bíblico— del polvo, y desde una vertiente cosmobiogénica de una sustancia orgánica, proteica, con fuerza evolutiva al compás de los siglos, la mujer es "puesta en órbita" terrenal al impulso amoroso de un deseo divino. Yahvé sume en profundo letargo a Adán, más que como remedio anestésico —errónea suposición de algunos autores—, puesto que el dolor, antes de la prevaricación original no tenía existencia-, para hacerle más sorpresivo y emocional el hallazgo de su compañera en el dulce despertar.

De su costado extrae a la primera mujer. ¿Por qué de su costado? Quizás la fina sensibilidad de San Francisco de Sales nos dé la respuesta: "La mujer fue sacada de la costilla más cercana al corazón del primer hombre para que él la amara cordial y tiernamente".

Otros hombres, muy lejos del espiritualismo y la elegancia de Francisco de Sales, han estimado ver en este fenómeno creador otra faceta más grosera como explicación de las dificultades que encuentra el varón ante la hembra: "¡Si ya lo dice la Bíblia, la mujer es un hueso!...."

Tenemos, pues, a la mujer en acción. Adán la llama varona, porque

del varón fue tomada, y la "bautiza" con el nombre de Eva —Javva— por ser la madre de todos los vivientes.

¿Cómo sería Eva somáticamente? La iconografía que la imaginación de tantos pintores nos muestra es harto variada. Tiziano nos refiere una Eva con obesidad armónica, pero "fofa", un tanto rubeniana. La Eva de Durero es más normosómica, pero con rostro inexpresivo. Nada digamos de la pintada por Cranach, que se puede interpretar como una enferma simmonoide o, en el mejor de los



Sara en su fecunda vejez (grabado de la Biblioteca Nacional de Madrid)..

casos, como un cuerpo que anticipa una inminente caquexia tuberculosa.

Vamos nosotros a ser corteses con ella y figurárnosla como el prototipo venusiano de una escultura de Milo o Samotracia, o con la gracia alada y perfección de líneas de la velazqueña del espejo.

Hay que pensar que la creación de Dios estuviera marcada por el soplo de una elevada estética y somáticamente fuera una armoniosa conjunción de rasgos corpóreos y espirituales. Es más, nuestra madre Eva pudo haber sido única en su belleza, hasta el punto de no tener por qué exhibir esa fea cicatriz subepigástrica, cráter cicatricial de las primitivas relaciones anatómicas con el cordón umbilical; sería la poseedora de un abdomen terso y limpio de toda huella. No cabe duda que el "parto costal" de Eva la exime irremisiblemente del estigmático ombligo humano.

Y llega la hora dramática para la primera pareja humana y, en consecuencia, para el resto de la humanidad futura. El árbol de la ciencia, del bien y del mal, con su fruto atrayente, y la taimada insidia del Angel Caido, alejado de Dios por su conducta rebelde, que se camufla vesánicamente tras el disfraz de un sugestivo ofidio, son el punto de arranque de la prevaricación.

Tres tentaciones hacen flaquear la voluntad de Eva y conculcar el mandato divino. Primero: la fresca "manzana" la va a alimentar y sucumbe a la tentación del apetito físico —ese apetito físico, esa bulimia que será en el futuro el más importante concepto en la patogenia de la gordura: la obesidad exógena alimenticia—. Segundo: la aterciopelada y sonrosada "manzana" conmueve también su apetito sensual; la tentación erótica hace por vez primera su aparición. Tercero: el fruto presente se muestra como un arca que encierra toda la sabiduría; la sabiduría que pertenece a Dios. Eva siente curiosidad por conocer esta sabiduría y cede a la tentación. Su capacidad de voluntad flaquea y el texto sagrado nos refiere: "Cogió el fruto y comióle".

Pero hay una segunda parte que nosotros, como defensores de la mujer, no debemos silenciar; Adán estaba a su lado —tal como Tiziano lo pinta—: "dio también de él a su marido, el cual comió". ¡Grave, gravísima acusación!

Este hecho nos plantea una severa crítica sobre la debilidad de los sexos: "la mujer es más débil que el hombre --escribe A.Dumas-. Fue lo último que hizo Dios, descansando después; así es que se nota en ella la fatiga del autor de Universo". Pero tras esta complacencia de Adán arguyen muchos pensadores que el verdadero sexo débil es el hombre, al menos en su potencia de voluntad. El gran poeta Milton, en su Paraíso perdido, mantiene

la tesis de que la privación inicial de la Gracia no es sólo acto culposo de Eva, sino de su compañero, que no intentó detenerla en su acción delictiva. Por ello el castigo divino no sólo se centra en el sexo femenino; el hombre sudará su pan por no haberse sabido imponer a su pareja. Es un fatal destino que con harta frecuencia se repite a través de los tiempos.

El Paraíso desaparece como parcela de privilegio y la vida amable y sin esfuerzo se trueca en la áspera lucha por la supervivencia. El castigo divino tiene múltiples expresiones; una de ellas es el acto de dar vida a un nuevo ser acompañado del dolor físico.

Quizá Dios, al crear a la mujer, diseñara sus estructuras genitales aptas para unas maternidades plácidas, que ya no lo serán a partir del anatema "parirás con dolor". El músculo uterino, que en su contracción produce el dolor del parto, no es sólo privativo de la matriz; fisiológicamente este tejido muscular susceptible de contracción, se encuentra en el tracto digestivo y normalmente la digestión y eliminación de los residuos orgánicos no entraña dolor. El parto, pues, convierte su fisiología en penoso trabajo desde la reconvención divina, y en la misma línea podremos filosofar que, si bien la digestión no es normalmente dolorosa, sí que resulta doloroso para el hombre lograr los alimentos con que poder brindar trabajo a los jugos y fermentos digestivos.

Eva se apresta a cumplir su deber genésico dando a luz a Caín y a Abel, que son los primogénitos de una vastísima progenie. ¿Cuántos hijos tuvo Eva?. El Génesis, escrito por hombres bajo la inspiración divina, pero al fin hombres en sus minucias de relato, desprecia a Eva tras su caída y después de parir a Caín y Abel prescinde prácticamente de la cita de su nombre. Por Adán, que sigue en el candelero de la relación historiográfica, sabemos que fue padre de Set a los ciento treinta años, "y fueron los días de Adán, después de haber engendrado a Set, de ochocientos años y engendró hijos e hijas, muriendo a los novecientos treinta años" (treinta y nueve menos que Matusalén).

Esta prerrogativa de la longevidad que Dios otorga a las generaciones primarias de la Humanidad suponemos alcanzaría, como es natural, a Eva. Nadie sabe el número exacto de hijos que procreó, pero puede pensarse que fueran legiones que se diseminarían por el planeta.

Si Dios la creó en una edad de pujante fertilidad, prescindiendo del tiempo de la niñez, la pubertad y la nubilidad, para convertirla ante Adán en un presente de mujer fecunda, no es disparatado pensar que la eximiese de un climaterio infértil o, por lo menos, muy demorado. Si en pura línea especulativa, claro está, admitimos una existencia vital de Eva durante un tiempo más o menos aproximado al de Adán, y con una normal producción "generandi" derivada de sus fuentes ovulares, lógico será pensar que la actividad genésica de la primera mujer influyera favorablemente en el factor demográfico de aquellos remotísimos tiempos.

Biológicamente, el ovario femenino es, en teoría, capaz de arduas empresas, que se ven limitadas por la precaria vida fecunda que tienen nuestras mujeres. El ovario de la recién nacida contiene de 200.000 a 400.000 ovocitos, primitivas células gametogénicas capaces, en un futuro, de convertirse en óvulos con poder fecundativo para transformarse, en amorosa conjunción con un espermio, en el feliz logro de un embrión. Si aceptamos en la madre Eva un depósito ovocitario igualmente cuantioso y una larga vida para ir madurándolos, podemos explicarnos en ella una fecunda característica de generosa madre de la Humanidad, consecuente con el mandato de Dios: "Llenad la tierra y dominadla".

Eva, que con su culpa pierde la gracia original, al cabo de los siglos de existencia siente que su vida termina, pues también se hizo acreedora en su desobediencia a la finitud, a la mortalidad. Al encarar el postrero trance quiero creer que oiría la voz del Dios de la misericordia: Mujer, porque mucho amaste y lloraste, mucho también te será perdonado. Tu cuerpo, extraído del polvo orgánico con que he hecho a la humanidad, volverá a su primitiva fuente de polvo terrenal hasta que un día suene el mandato triunfal de la resurrección. Pecaste, mas por tu pecado, y para redimiros, me haré Hombre y encarnaré en las entrañas de otra Mujer, que aplastará al espíritu tentador que tú no pudiste vencer. Te hice un Paraíso, que no supiste aceptar. Ahora te ofrezco otro mayor: el de mi Reino y Mi presencia.

Suponemos, y esperamos con caridad, que esa madre común descanse en el seno de su Creador, porque su desobediencia fue, como la llamó San Agustín, "bendita culpa", pues por ella se humanizó el Amor, y la sangre y la carne de Cristo es el alimento de las almas.



El primer Libro Sagrado nos sigue relatando la formación del tronco genealógico de la humanidad. Todos los protagonistas "concibieron hijos e hijas". Los hijos de los hijos, de los hijos, etc..., mantuvieron gallardamente su papel en el fenómeno de la reproducción. Pero el Génesis sólo cita nombres masculinos, cubriendo con el anonimato cualquier nominación personal femenina; tenemos que llegar a los tiempos de Noé

para que el relator sagrado nos cite-aunque omitiendo sus personales nombres- a tres mujeres, que fueron, en lo biológico, la segunda edición de Eva, puesto que tras la destrucción de la tierra habitada, a manos del fenómeno invasor de las aguas, ellas se convirtieron en nuevas madres de una humanidad posdilúvica, al dar generosamente hijos a sus fértiles esposos: Sen, Can y Jafet.

Tres mujeres —junto con la esposa de Noé— libera Dios en sus designios y las hace huéspedes de la nave salvadora. Resulta curioso pensar, al cabo del transcurso de los milenios, cómo la relación político-familiar nuera-suegra tiene una singular importancia al centrarse bíblicamente como un fenómeno de amical viaje sociológico.

El arca del Génesis es el arca de la paz; todos los símbolos trasuntan esta virtud. Las bestias, aún las que por naturaleza no se toleran entre sí, gozan de un internamiento pacífico, conservándose para futuras empresas reproductoras. Noé usa como "radar" testimonial de la evaporación de las aguas a la dulce y blanca paloma, que acude, tras su exploratorio vuelo, con la, tan hoy desprestigiada, hoja de olivo en el pico. Finalmente, desde las cumbres del monte Ararat, en la parte oriental de la actual Turquía, donde finaliza su periplo la nave de Noé, bajan de la misma, gozosas y unidas, cuatro mujeres, cuya armonía se nos antoja en los tiempos actuales como una utópica descripción.

No cabe duda que las suegras y nueras de nuestros días, en constante conflagración, deberían tornar sus ojos hacia aquellas cuatro mujeres que vivieron, entre otros ejemplos, el de la armonía familiar.

Ese arca, que sigue exhalando a través de los siglos el más grande ejemplo de la coexistencia entre los seres racionales e irracionales, parece que sigue anclada y sepultada entre las nieves perpetuas que blanquean la cumbre -5.156 metros de altitud- del monte Ararat. Werner Séller nos relata que en el año 1833 una expedición turca confirmó la historia de un pastor de la aldea armenia de Bayzit, que, en el deshielo del verano, aseguraba ver la proa de una embarcación aflorando por los ventisqueros del sur de la montaña.

En 1892, el doctor Nouri, arcediano de Jerusalén, a su regreso de una expedición a las primitivas fuentes del Eufrates, anunció haber visto entre las nieves perpetuas un navío con su pared exterior de un color rojo oscuro.

En 1914, el piloto ruso Roscowitzki pudo apreciar desde su avión, en la falda sur del Ararat, los restos de una especie de barcaza. Y otro piloto soviético de la última guerra mundial consiguió unas panorámicas fotográficas de la cumbre, en las que parecía apreciarse un objeto que bien pudiera identificarse como el arca bíblica.

Previas y posteriores expediciones no lograron confirmar plenamente los hallazgos anteriores, que de llegarse un día a comprobar realmente, aparte del enorme valor histórico-religioso que supondría, también tendría el valor de mostrarnos la cuna de tres mujeres que, fieles al mandato divino de procreación, bajo la amable promesa de Yahvéh, "establezco mi paz con vosotros y no será exterminado ya mortal alguno por las aguas del diluvio", volvieron a poblar de vida el planeta tierra.

Los descendientes de Jafet, etnográficamente dieron cuerpo a los indoeuropeos, medos, griego, tartessos, chipriotas, rodios y quizá germanos. Los descendientes de Can, a persas, abisinios, egipcios y fenicios. Y los de Sen, a los arameos y al pueblo hebreo.

Benditas, pues, estas tres mujeres, sin patronímico en la historia de la humanidad, pero singulares artífices de la misma en un silencioso y fecundo anonimato.



Han pasado muchos años y el libro del Génesis nos sigue narrando los pasos de los hombres. Desde el pueblo caldeo de Ur, Abraham, en compañía de su padre — Teraj—, de su esposa — Sara— y de su sobrino —Lot—, emprende un viaje a las tierras mesopotámicas de Jarán, donde muere el padre. Cumpliendo el mandato divino, el matrimonio y el sobrino se dirigen a Canaán y desde allí, con un sostenido sentido nómada, hacen un alto en el camino; ese camino es Egipto, en donde reina el faraón.

Sara es una mujer agraciada y bastante más joven que el esposo, que contaba setenta y cinco años a la salida de Jarán. El patriarca no duda de la honestidad de su esposa, pero sí del posible capricho del faraón o sus huestes hacia ella; teme que su vida peligre por su condición de esposo, y para evitar semejante contingencia no duda en proponerla que simule ser su hermana; de esta forma puede perder a la mujer, más no la vida.

Afortunadamente enjuiciamos en este estudio los caracteres femeninos, porque si hiciésemos la crítica de Abraham en este pasaje, forzosamente no podríamos ser indulgentes.

Sara se resigna y, aireando la bandera de la obediencia conyugal, acaba en el palacio faraónico, mientras el esposo recibe dádivas de todo género como premio a ser un "hermano" complaciente. La virtud de esta mujer logra la mediación de Yahveh para que el faraón descubra la verdad, devolviéndola intacta a Abraham con sus derechos de esposo.

Más adelante, al persistir en su nomadismo hacia tierras de Negueb, se vuelve a reproducir el lamentable y premeditado equívoco con el rey de Guerar, Abimelek. Dios, que para liberar a Sara castigó al faraón con las catastróficas plagas, en esta ocasión "cierra las matrices" de la casa de Abimelek con el estigma de la esterilidad.

De ambos sucesos vamos a sacar un primer rasgo en esta Sara bíblica: su belleza es el pasaporte de comprada libertad para el esposo; su virtud y obediencia es salvaguardia divina de su integridad corporal.

Pasemos a un segundo rasgo: Sara, como tantas mujeres de nuestros días, exhibe la paradoja de un cuerpo anatómicamente perfecto, pero en el que falla el engranaje de la fertilidad. Abraham no va a poder, pues, ver hecha realidad la promesa del Señor, anunciándole bendiciones para él y sus generaciones futuras. Entonces surge un hecho realmente impresionante como reacción psicológica y heroica por parte de Sara: ofrece al esposo la bella esclava egipcia procedente de las dádivas del faraón para que sea fuente de descendencia; son palabras del Génesis: "Abraham, despósate con mi esclava por si, a lo menos, logro tener hijo de ella".

Para Morton éste es el primer "triángulo humano" que se recuerda; yo creo que la decisión tiene una mayor altura de miras. Sara acepta su claudicación como mujer en aras de dos loables motivaciones: laborar porque

el destino prolífico del patriarca se haga realidad y el conseguir una descendencia sana y fuerte, preparada para un glorioso destino, rigiéndose por unas empíricas normas de la más pura eugenesia, cuales son la elección idónea de la hembra. De acuerdo con las costumbres de aquellos tiempos, la magnífica AGAR, en su condición de esclava de su propiedad, alumbraría hijos que pertenecerían totalmente a Sara, y ésta, al hacer uso de tal prerrogativa, busca en su decisión las mayores garantías.

La egipcia es un dechado de encantos naturales: joven, bella y plena



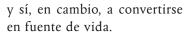
Agar e Ismael (detalle del cuadro de Guercino. Pinacoteca de Brera, en Milán).

de vitalismo. En un papiro egipcio-citado por Pierre Montet-se refiere la descripción que de su amada hace un muchacho y cuyo relato podría definir la contextura de Agar como delicado prototipo de la mujer egipcia: "Negra es su cabellera, más que el negro de la noche, más que la baya de la acacia. Rojos son sus labios. Más que las cuentas de jaspe rojo, más que los dátiles maduros. Y sus senos están bien plantados sobre el pecho". Decía el fino Lord Byron que una morena vale por sí sola tanto como todo un serrallo. Así lo debió estimar el faraón al donarla como selecto presente, y así se la ofreció Sara a su esposo como dádiva de calidad, al mismo tiempo que de propia y trágica renuncia.

Abraham, que es monógamo a ultranza, acepta a la esplendorosa Agar como un medio de alcanzar la descendencia negada, no como un fin de posibilitar una poligamia formal. A sus ochenta y seis años Dios le alienta el poder fecundante y logra ser padre de Ismael, venero primario de la numerosa secta que se extiende por el mundo de nuestros días.

Este segundo rasgo de renuncia y amor al esposo lo estropeará SARA un tanto —vibrando al son natural de los dictados más genuinos del corazón femenino— enrabietándose con la esclava y logrando expulsarla, junto a su hijo, lejos del hogar.

Ya tenemos a Abraham centenario y a Sara nonagenaria. Dios le revela al patriarca: "... incluso te daré de ella un hijo, a quien bendeciré, y reyes de los pueblos saldrán de él". Tercer rasgo o aspecto que Sara nos ofrece: el de su incredulidad ante una presagiada maternidad. Dice el Génesis que ambos "eran ancianos entrados en días y ya Sara había dejado de tener la regla habitual de las mujeres". Si bien en el relato bíblico la gravidez de Sara obedece a un fenómeno sobrenatural, en el mundo parabíblico de nuestros días existen algunas mujeres menopaúsicas en que "también han dejado de tener la regla habitual" y, sin embargo, llegan a ofrecer una sorprendente preñez. Todo reside en la vivificación tardía de algún óvulo que no se resignó a morir



Ese óvulo, que Dios dispuso rompiera la dura y fibrosa contextura del ovario atrófico de Sara, para encontrarse gozoso con la senil, pero firme semilla del patriarca Abraham, dio lugar al nacimiento de Isaac, que fue amamantado



Rebeca (Pinacoteca del Museo del Prado)

por su madre. La lactancia, que solía durar un ciclo de tres años, finalizó el día del destete con un familiar festín.

Si aceptamos el embarazo y parto de Sara, ¿por qué no hemos de aceptar su condición de nodriza? A este respecto se ha especulado en la bibliografía médica mundial con lactancias acaecidas en mujeres viejas y, lo que es más insólito, hasta en hembras no grávidas. En el fenómeno de la lactación juega un importante papel el reflejo de succión que, por vía neuro-hormonal, excita la hipófisis, la cual, mediante la hormona galactogénica, coloca en condición secretora a la glándula mamaria. Así, en el París Medical, de Septiembre de 1913, se cita al holandés Diemerbroeck como relator del caso de una mujer próxima a los setenta años, quien, tras la muerte de una hija en el postpartum, para acallar los gritos del nieto se lo puso al pecho repetidas veces, logrando al cabo de los días suficiente secreción para alimentarle.

Marfan cuenta un suceso similar de otra abuela de sesenta y dos años. Y Scarpa, recorriendo la Guinea francesa, constató el caso de una mujer entre sesenta y cinco y setenta años, con seis hijos-el más joven de cuarenta y cinco años-, que amamantó a un nietecillo de siete días de edad, huérfano, hasta la edad de trece meses. Scarpa, poco antes del destete, tuvo ocasión de analizar la leche, que resultó inmejorable en su composición. Como en tantas facetas del relato bíblico, parece, pues, que la proyección que dimanan los libros sagrados tienen un cierto eco de realidad en múltiples aspectos de las actuales generaciones.

Sara, en su reflejo a través de las fuentes escriturales, es un tipo, quizá un poco deformado, con analogía en nuestro tiempo. La virtud, la obediencia a Dios y al esposo, la vejación en aras de un sublime sacrificio y las ansias de maternidad, son expresiones anímicas y volitivas no excesivamente difíciles de encontrar en nuestras mujeres.

En cuanto a la relación fecundidad y senescencia, quizá en un próximo futuro, llegue a no ser preciso argüir la palabra milagro para encontrar una explicación de orden científico. La endocrinoginecología y la geriatría están abriendo puertas en el futuro, tan cerradas hoy, como lo estaban las que franquearon nuestros actuales conocimientos.



El papel de Lot en el relato bíblico alcanza singulares características merced a tres mujeres: la ESPOSA, y sus dos HIJAS. Sin ellas bien pudo

Lot haber sido otro innominado. Su nombre, pues, es historia en la proyección femenina de quienes le rodearon.

De la MUJER poco sabemos; su hito historiográfico se condensa en el momento crucial de la huida de la Sodoma asolada por la ira divina. No respeta el mandato de Dios y es castigada, como tantas mujeres, por el pecado de la desobediencia.

¿Por qué volvió la cabeza hacia atrás? ¿En un vano intento de rescatar con la mirada la riqueza perdida de su hogar en la ciudad maldita? La opinión de muchos autores cifra el desacato en un puro sentimiento de curiosidad, pecado tan intrínsecamente femenino que, en el buen decir de Saavedra Fajardo, esa curiosidad "se atreve a más contra lo que más prohíbe".

La huída Lot por las tierras áridas, mineralógicas, presididas por la gran depresión del Mar Muerto (a 800 metros de profundidad en el desnivel con el mediterráneo), gigantesco aljibe en que productos asfálticos y sulfurosos recuerdan la ignición de Sodoma y Gomorra, es un cuadro escénico en que la coreografía de la Naturaleza hace más patético este trance. El telón de fondo es, pues, el lago estéril con tal densidad salina que los objetos flotan trágicamente en su superficie; circunstancia ya relatada por el historiador Tito Flavio.

El contenido de cloruro sódico, que en cualquier océano no sobrepasa la cantidad del 6%, aquí supera el 25%. Los árabes actuales, henchidos de fiebre imaginativa, aseguran que durante los días de calma, en su profundidad, bajo las salitrosas aguas, se llegan a vislumbrar las calcinadas murallas de Sodoma y Gomorra.

Estos parajes, en la zona sur del Mar Muerto, exhiben una pétrea columna, pura armazón de salitre, que recibe el nombre de la "mujer de Lot" como hecho legendario testifical de la prevaricación de esta mujer. Quizá también ayude a fomentar el turismo actual y la propaganda comercial de las salinas de Athlit, de donde se extraen anualmente miles de toneladas de sal.



Viudo Lot, se establece con sus dos HIJAS en la pequeña ciudad de Sear. La urbe le recuerda a Sodoma, y para velar el pasado decide subir a la montaña e instalarse en una nueva cueva. Allí se va a consumar uno de los pecados más repugnantes de la historia: el filial y premeditado incesto de las hijas, no fundamentado en la pasión sexual, sino en el temor y egoísmo de permanecer en forzado celibato. El logro de una descendencia espúrea será en el futuro la base de perpetuación de una estirpe humana histórica.

Es quizá éste uno de los más crudos relatos con que el primer Libro del Pentateuco eleva en pública acta notarial la conducta depravada de estas dos muchachas. El suceso recuerda en algunos momentos los tintes cínicos e inmorales, tan vigentes en muchas obras de desenfrenado realismo en la actual literatura; oigamos al Génesis, porque nosotros confesamos sentirnos impotentes para tejer velos literarios que atenúen la redacción descarnada del episodio: "Y dijo la primogénita a la más pequeña :Nuestro padre es viejo y no existe en el país hombre que se llegue a nosotras, como es costumbre de todo el mundo. Ea, demos a beber vino a nuestro padre y yazgamos con él, para que suscitemos de nuestro padre descendencia. En efecto, aquella noche dieron de beber vino a su padre y llegase la mayor y se acostó con él, quien no se dio cuenta ni cuando ella se acostó ni cuando se levantó. Y aconteció al día siguiente que la mayor dijo a la más pequeña: Mira, anoche yací con mi padre. Démosle vino también esta noche y llégate a acostarte también con él para que suscitemos de nuestro padre descendencia. Dieron, pues, también vino aquella noche a su padre, y fue la menor y se acostó con él, sin que él se diera cuenta ni al acostarse ni al levantarse ella. Así, las dos hijas de Lot quedaron encinta de su padre; y parió la mayor un hijo a quien puso por nombre Moab-de mi padre-. Es el padre de los moabitas, que perduran hasta hoy. También la menor dio a luz un hijo, al cual llamó Ben Ammi-hijo de mi pariente-. Es el padre de los ammonitas, que hasta hoy subsisten".

Convendrán conmigo que el espeluznante relato, en el que el instinto animalesco prima sobre el sentido racional, hace buenas las descripciones decamerónicas de Bocaccio o la prosa fustigante de un Malaparte.

Seguro que la mujer de Lot diera gracias al Señor por haber sufrido la petrificación salitrosa y no poder contemplar la execrable e incestuosa conducta de sus hijas.



El orden cronológico nos conduce ante una mujer con personalidad bíblica muy acusada: REBECA, hija de Betuel y esposa de Isaac .

Su trayectoria sexológica guarda gran paralelismo con la de su suegra Sara. Es mujer estéril durante un gran período de su vida y sufre, por parte de Isaac, ante Abimelek, el mismo camuflaje de su condición de



esposa que ya Abraham ensayó con Sara. Este tipo vital de mujer encarna la pasión desenfrenada por la maternidad, pasión que luego desemboca en la preferencia por uno de sus hijos, Jacob, interviniendo activa y parcialmente en la elección de primogenitura.

La juventud y belleza de Rebeca se consume en impotente deseo de fecundidad. Es su esposo quien solicita de Dios la gracia de ser padre; la concesión de su caro deseo se manifiesta con tal fuerza que, a sus sesenta años, logra engendrar dos hijos en un mismo embarazo. (Al llegar el parto se producirá la primera distocia gemelar que el texto sagrado relata.). Atemo-

rizada Rebeca ante su futura maternidad, exclama: "Si así ha de ser, ¿para qué vivir yo?". Es Yahveh quien la responde proféticamente.

"Dos pueblos hay en tu vientre, y dos naciones se separarán de tus entrañas, y una nación prevalecerá sobre la otra, y la mayor servirá a la menor".

Tras penoso parto nacen los dos hijos de Rebeca. Ya en el seno materno, Jacob, que en su colocación de segundo gemelo debía dar natural prioridad al rojizo y pelado Esaú, intenta impedir la primogenitura de éste retrasando su nacimiento al retenerle "cogido el talón". Las contracciones uterinas vencen la resistencia y Esaú, con la ayuda de la partera, logra abandonar el claustro materno en primer lugar, seguido de la rémora obstaculizante de su hermano. Obstétricamente se puede estimar como un posible caso de colisión fetal a nivel del estrecho superior pelviano, en que al intentar encajarse la presentación del segundo gemelo lo hace de tal forma que dificulta la normal salida del primero.

La primogenitura, que no consiguió en vida intrauterina Jacob, la logrará al cabo de los años explotando el hambre del hermano, al que ofrece, a cambio de su renuncia como primogénito, el célebre guiso de lentejas, semilla parabólica de la comercialización de los valores humanos.

<sup>^</sup> Raquel y Lía (grabado anónimo).

Jacob, que pese a su censurable comportamiento fraterno luego fue un patriarca que honró la estirpe con una conducta recta, tras su huida de Mesopotamia hacia tierras orientales se encuentra con la inmarcesible belleza de RAQUEL, hija de Labán.

Raquel tiene física y espiritualmente muchos puntos de contacto con Rebeca. Jacob ve en ella un trasunto de su madre, a la que quiso entrañablemente, pagando con creces la devoción que le profesaba. En el fondo ama a Raquel al dictado de una pasión que, si se estudiara psicoanalíticamente, bien podrían encontrarse en ella las más puras vivencias de un complejo de Edipo. La ama tan tiernamente, que él, que comerció con su hermano de forma tan indigna, transige en ser carne de negocio al aceptar la proposición del astuto y mezquino suegro: le es impuesto servir como criado durante siete años para conseguirla en matrimonio.

Raquel tiene una hermana, LIA, bastante menos dotada por la Naturaleza que ella. La Sagrada Escritura la describe como de "ojos tiernos", cuya equivalencia se presta a la interpretación de legañosos ojos, conjuntivíticos, en rudo contraste con los bellos y sanos de su hermana.

Jacob (que en la comparación objetiva de las dos hijas de Labán se inclina por la más hermosa, haciendo caso omiso de los males que la belleza de su madre Rebeca y su antecesora Sara ocasionaran a sus esposos respectivos) piensa, como nuestro Rusiñól-adelantándose en unos

cuantos milenos-, que "la mujer hermosa es un peligro, pero la mujer fea es un peligro... y una desgracia". Y decide prestar el servicio doméstico y de pastoreo a su suegro con la venturosa promesa de casamiento.

Finalizado el plazo —un septenario de ardorosa esperanza—, Labán con feas mañas de prestidigitador, da el cambiazo de hijas y lo casa con Lía. A pesar de ello, su encendido amor por Raquel le hará trabajar en el mismo oficio otros siete años para conseguirla definitivamente.

Ya tenemos a Jacob con sus dos mujeres. En esta bigamia



Betsabé y David (pintura de Veronés, en el Museo de Lyon).

matrimonial, Lía compensa su marchita presencia con una pujante fuerza genésica: Rubén, Simeón, Judá, Leví, Isacar y Zabulón son la ofrenda maternal que al esposo ofrece, en tanto que Raquel sufre en sus entrañas la amargura de una esterilidad que la veja y atormenta.

De nuevo nos remontamos, en el paralelismo, a los tiempos infecundos de Sara. Raquel entrega su esclava, Bilhá, a su cónyuge para que "de a luz sobre mis rodillas y tenga yo hijos por medio de ella". La propiedad sobre la esclava es de tal entidad, que hasta sus hijos son posesión de la dueña. Así, Bilhá pare, en gestaciones sucesivas, dos hijos: Dan y Neptalí.

Lía, que ya muestra agostada su fertilidad, decide ensayar con Jacob el mismo procedimiento que su hermana. Por mediación de su esclava ZILPÁ, Jacob es padre de dos nuevos hijos.

Resulta curioso reseñar que el oprobio de la infertilidad en los textos sagrados sólo alcanza a la mujer, respetando al varón; hoy día sabemos que el 40% de las esterilidades matrimoniales pueden ser debidas al hombre.

El relato del libro sagrado se recrea en estos pasajes de infecundidad, para relatar la discusión de ambas hermanas por los frutos de la mandrágora, a cuya ingestión se atribuirán virtudes capaces de despertar la fertilidad. Es, pues, la mandrágora, quizá la primera cita que el hombre conoce como supuesto remedio genésico.

El Dios que castiga a la mujer con la esterilidad también es el dios que se apiada y premia con el don fecundo. Así, Raquel, que ya había exclamado: "Dame hijos o morirê", logra sin ayuda de ninguna esclava —y mucho nos tememos que sin el influjo de la mandrágora— su primer hijo; un varón en el que cifra la esperanza de consecución de más prole. Lo llama Yosef —José—, que equivale a la súplica "añádame Yahveh otro hijo". Esta súplica fue atendida al cabo de los años, pero pagando un triste precio por su obtención. Camino de Efrata (actual Belén) pare a su segundo hijo.

El Génesis nos habla de "padecer gravemente en su alumbramiento" con "crueles dolores de parto". Esos intensos dolores y la penosa expulsión de su hijo Benjamín (cuyo nombre signará en el futuro al último de los hijos), seguida de la inmediata muerte de la madre, nos incita a especular el motivo del fallecimiento: ¿Una hipertonía uterina con posterior y tardía rotura de la matriz? ¿Un embolismo favorecido por la hiperdinamia? Son preguntas especulativas de respuesta difícil; lo cierto es que Raquel, como tantas mujeres a través de los siglos, tributa con su vida el justo anhelo de maternidad.

Fue enterrada en el camino que va de Jerusalén a Belén, en una pequeña ermita que sirve de culto a cristianos, hebreos y mahometanos. En ella existe una gran tumba de piedra, que la tradición afirma fue construida por el amor de Jacob a la mujer que supo ser esposa y recuerdo de la madre en todos sus actos.



Judá, el cuarto descendiente de Jacob y Lía, con sus tres hijos, Er, Onán y Selá, va a jugar un importante papel en la vida de una mujer que, desde el punto de vista ginecológico, es una rica fuente de sugerencias; nos referimos a THAMAR. Esta joven cananea, atractiva y apasionada, fue la hembra elegida por Judá para esposa de su primogénito Er.

Enviuda pronto la bella Thamar y el suegro, con potestad patriarcal, decide que sea su segundo hijo, Onán, el que "se case con su cuñada para que suscite descendencia del hermano muerto", de acuerdo con la ley hurrita, que luego se transfirió a la ley mosaica.

Al comprender Onán que sus descendientes no llevarán su nombre, sino el de su hermano, según vigencia de la mencionada legislación hurrita, convierte sus relaciones sexuales con Thamar en acto fraudulento para evitar la fecundación de su esposa. Con su actitud crea una acción reprobable y pecaminosa que en el futuro dará su nombre a esta deformación viciosa sexual. El onanismo es la base primaria del malthusianismo.

Yahveh reprueba el hecho como atentatorio contra los fines del matrimonio, quitándole la vida. Nos encontramos, pues, a nuestra protagonista convertida en joven y reincidente viuda, con frustradas ansias de maternidad, que espera dar cauce legal casándose de nuevo con el tercer miembro del escalafón familiar: Selá. Pero el padre, con lógicas prevenciones ante el infausto destino de sus dos hijos mayores, no quiere entregar a su hijo menor, optando por enviarla a la casa paterna a silenciar su doble viudedad.

Entonces en Thamar se opera un fenómeno de resentimiento hacia Judá, su suegro, que la inclina a fraguar un maquiavélico plan, de lenta maduración. Aprovecha la muerte de la esposa del padre de sus maridos y, despojándose de los vestidos de su viudez, se apresta a adornarse con las llamativas telas de una hetaira. Logra así seducir a Judá, sin dar a conocer su identidad, pero su fría astucia la hace exigir, antes de su entrega carnal, el sello, el cordón y el bastón del patriarca como prenda del pago de un cabrito, precio estipulado a su prostitución.

Los deseos de maternidad de Thamar se ven logrados aquella noche, al mismo tiempo que se goza en la venganza sobre quien no quiso otorgarle un tercer esposo. Cuando Judá, al cabo de los meses, ve a la viuda de sus hijos embarazada, la tilda de ramera —mujer consagrada al impúdico culto de Astarté— y ordena quemarla por adúltera.

La astuta previsión de Thamar va a liberarla de toda culpa; enseñándole los atributos que tomó en prenda, le replica insolente: "Del varón a quien esto pertenece, hállome encinta", argumento suficiente para conseguir el perdón y al mismo tiempo el sonrojo del suegro y autor de su gravidez.

El parto de Thamar es otro ejemplo obstétrico digno de estudio. A su preñez gemelar le llega la hora del alumbramiento (un parto prematuro, según el Talmud). La primera de las criaturas saca la mano y la partera aprovecha tal oportunidad para atarla con un hilo rojo y marchamar así a quien cree va a ser el primogénito; pero he ahí que éste retrae la extremidad, cediendo paso al hermano ante el asombro de la comadrona, quien exclama: "¡Qué brecha has abierto para salir el primero!" (brecha, ruptura, desgarro). A continuación sale el otro gemelo con su cinta anudada a la muñeca, recibiendo el nombre de Zeraj.

La explicación del mecanismo de este parto, a la luz de nuestros conocimientos, es tributaria de variadas hipótesis. La primera podría responder a una doble presentación cefálica; uno de los fetos hace una procidencia de mano junto a la cabeza del otro, que en la expulsión corona, rechazando previamente la mano en procidencia.

Otra segunda hipótesis se puede sustentar pensando en una presentación de hombro, con procidencia de brazo, versionándose espontáneamente y permitiendo la salida del segundo gemelo; nacería, pues, en la situación obstétrica denominada "conduplicato corpore", es decir, hiperflexión del tronco fetal con expulsión espontánea en presentación transversa. Aunque el parto en estas condiciones es eminentemente distócico y con muy escasas probabilidades de resolución, la pequeñez de los fetos prematuros pudiera hacer viable el parto vaginal.

Evidentemente debió existir una mediación sobrenatural en la resolución de esta dificilísima parturición, ya que Péres fue un predestinado, al entroncarse en el árbol genealógico de Cristo como el quincuagésimo abuelo del Redentor, en opinión de San Lucas, o el cuadragésimo, según San Mateo.



Otra mujer que la lectura del Génesis nos sugiere un comentario es la esposa del jefe de la escolta del faraón, PUTIFAR. Esta peligrosa hembra va a servir de alegórico argumento, a través de los años, para múltiples versiones, que conservan la esencia de la trama principal. El deseo lascivo, que al quedar defraudado se convierte en odio, resentimiento y difamación, es base argumental de un manuscrito egipcio, el papiro de Orbiney. Otra historia semejante se repite también en la leyenda del mago Ubaner, que vivió en el reino de Keops.

La MUJER DE PUTIFAR es la representación de la obscena sensualidad femenina; se muestra ante José presa de una libidinosidad que la convierte a nuestros ojos en una furiosa ninfómana, con descarado "furor uterino".

"Pone los ojos en José y le exige yacer con ella". Así nos lo cuenta el relato bíblico, que vela su patronímico, pero en cambio es crudo en la redacción de este suceso pasional.

La valiente y honrada renuncia del varón no flaquea ante los encantos de la hipersexual egipcia; es consecuente en su castidad al mandato divino y no mancilla la confianza depositada en él por su amo y señor.

La esposa de Putifar, que no se "para en barras", aprovecha la ocasión en que la ausencia de criados es absoluta en la casa para abalanzarse sobre el gallardo joven e intentar despojarle de su ropaje (un intento de violación con cambio de papeles en el sexo).

José huye de aquel fuego lujurioso y en el combate pierde su túnica. Esta prenda será la prueba testifical de que se vale la erótica mujer para confundir a su esposo y culpar al deseado varón como protagonista atentatorio a su cínica honestidad. Yahveh, premiando su recta conducta, permite que José abandone su reclusión, "alcanzándole gracia a los ojos del jefe de la prisión".

El futuro de la mujer de Putifar es silenciado por el Génesis, ¿correría la misma suerte que la amante de la leyenda del mago Ubaner, incinerada viva en la pira justicial?

La licenciosa conducta de tal hembra ha sido interpretada por los maliciosos como promotora simbólica de su nombre para denominación ulterior de hetairas y rameras. Ello no es cierto; en primer lugar, Putifar no es su nombre, sino el del esposo. Por otra parte, el nombre de Putifar es la traducción de "Pa-di-fa-ra", cuya equivalencia viene a ser la de "el protegido del dios Ra", suprema divinidad egipcia. Dejemos, pues, en buen lugar el patronímico del esposo, ajeno a la perfidia lasciva de su mujer, cuyo volcanismo sexual no pudo desgraciadamente apagar con el honrado y lícito débito matrimonial.

El Libro del Éxodo nos relata un tipo de mujeres cuya bondad y valentía merecen una breve consideración: son las PARTERAS DE EGIPTO, las cuales, ante el imperioso y realista mandato del faraón (Menefta o Ramsés II) de total exterminio de la raza hebrea, ordenándolas la muerte de los recién nacidos, se inhiben conscientemente en su acción infanticida con el siguiente argumento: "Señor, las mujeres hebreas no son como las de Egipto, porque ellas saben el arte de partear, y antes de que lleguemos para asistirlas han dado ya a luz" (I,19). Y en el Éxodo se nos afirma que por su buena acción y mejor voluntad, al dejar incumplida orden tan inhumana, "Dios hizo bien a las parteras"... "y edificólas casas" (I, 20-21).

Ellas intuyeron la inviolabilidad de la ley natural y la inmutabilidad de los preceptos del Decálogo. Su conducta es ejemplo vivificante en la lejanía de los siglos.



El Génesis, como hemos visto, es rico venero de sugerencias femeninas. Las otras cuatro narraciones del Pentateuco, ayunas de heroínas, truecan la historicidad de la vida por la codificación de leyes y consejos —Levítico y Números—. Tenemos que dar el salto al Libro de los Jueces para que nos encaremos con una mujer de escasa personalidad en lo relativo a nuestras inquietudes biológicas, pero de enorme fuerza en su calculadora política de conducta. Es DALILA.

La mezquina traición al hombre que recibió de ella un fingido amor es quizás más censurable que las desordenadas pasiones de las mujeres que han ido desfilando en las anteriores secuencias. La astucia y la maldad se conjugan en ella para convertirse en la "peluquera" más repugnante de la Historia. Con sus inquisitorias artes femeninas descubre el secreto de Sansón —grande de hechuras y corto de cerebro— que, "por ser nazareno de Dios nadie ha de rapar sus melenas, so pena de extinguirse así la inconmensurable fuerza que posee".

Por unos miles de dracmas entrega a los filisteos su presa, en perfectas condiciones de rasurado craneal; el suceso dará pie siglos después para que Saint-Saens inmortalice en el pentagrama su famosa obertura. Nosotros, instintiva y mentalmente, colocaríamos a Dalila más dentro del rossinesco Barbero de Sevilla que de la partitura que titula su nombre...



Y del *Libro de los Jueces* nos adentramos en el siguiente, dedicado a su protagonista, RUT, antítesis de la vileza de Dalila, para expresar a las generaciones futuras una variada lección de virtudes: belleza de corazón, generosidad de alma, humildad y firme concepto del deber.

Desciende del linaje incestuoso de Moab y acaba su vida cambiando al paganismo de su raza por el monoteísmo del pueblo israelita, el pueblo de su esposo Booz.

Su primitiva actividad de humilde trabajadora en los trigales del que luego la convertiría en su mujer —su ejemplo sirvió a Tirso de Molina para crear una preciosa pieza literaria: "*La mejor espigadora*"— se trueca más tarde en el símbolo de la mujer rectora de un hogar y consuelo de los que con ella conviven.

Sólo tuvo un hijo, Obed, pero Dios dotó su linaje con categoría; fue el abuelo de David, de cuyo tronco genealógico nacería Cristo.

No es posible al hablar de Rut olvidar la bondadosa relación con su suegra NOEMÍ —madre del primer esposo—. Las nueras de Noé y esta apacible Rut son un mentís a las fratricidas guerras de madres e hijas políticas que todos conocemos.

En esta familia israelita, en la que Rut ejerce un ejemplo de simbólico matriarcado por lo que tiene de ejemplar su conducta de esposa y madre, no hay incestos ni concubinas; las muertes brillan por su ausencia, e incluso los dramas obstétricos se ignoran. Wiesheu resume el libro de Rut con las siguientes sedativas palabras: "En el árido período de los Jueces, es este remansado cuadro familiar como un amado oasis".



Estamos en el II *Libro de Samuel* y, de nuevo, el contraste bíblico surge trepidante. La antítesis de Rut es BETSABÉ; si aquella era un compendio de virtudes, ésta lo es de pasiones y vicios; la lujuria, el adulterio y el homicidio-por este orden- signan la vida argumental de esta hembra que, según Benedetti, "logra la nota más baja en la lira del rey David".

El "melódico" rey, tañendo su instrumento, ve surgir de las aguas del baño el juvenil y ebúrneo cuerpo de Betsabé como un regalo para sus ojos y un latigazo para su sensualidad. A su realeza y poder no presupone obstáculo el matrimonio de la bella bañista con Uría, combatiente en el sitio de Raba. Incurre con ella en adulterio y, para no transgredir la monogamia, hace que el burlado esposo sea colocado en el más peligro-

so lugar de la lucha, donde acaba por morir. La viuda, preñada realmente —en el más monárquico sentido de la frase—, da a luz una criatura que con su vida paga el pecado de su embriogénesis. La contrición de David merece el perdón divino, y Betsabé, convertida ya en su esposa legítima, alumbra un segundo hijo, con personalidad propia en la historia de los siglos: Salomón.

La Betsabé de Rubens, en la Pinacoteca de Dresde, y la Betsabé y David del Veronés, en el Museo de Lyon, son expresiones pictóricas que proyectan morfológicamente dos épocas de su vida. La de Rubens nos recuerda a la hembra opulenta y desvergonzada que sale del baño y no cubre los senos de la vista pecaminosa de David. La del Veronés describe a una mujer centrada en un matrimonio legal, intentando borrar el pasado adulterino a la protectora sombra de un David senil, pero majestuoso.

El Libro de los Reyes proclama a una protagonista: JEZABEL, princesa fenicia de la casa reinante de Sidón, casada con Ajab, monarca de Israel.

Su pasión es el crimen, pero el crimen dirigido, de lenta elaboración mental. Empuja a su débil marido a tomar lo que no le pertenece tras haber urdido una genial trama que acaba con la vida de Nabot y la posesión de la ansiada viña, buscando la mano asesina en terceras personas.

Se la ha tachado en el Apocalipsis de impía y seductora, incluso se la ha culpado de introducir en Israel el fascinante sensualismo de su tierra, con los cultos a Baal y Astarté, pero lo cierto es que de todas sus bajezas el sentido de fría criminalidad ocupa el primer lugar. Jezabel es, en su época, lo que la Clitemnestra de la Grecia mitológica o la Lady Macbeth shakesperiana.

Su final corresponde al acmé de una gran tragedia. Sale al encuentro de su justiciero verdugo, Jehú, tras una cuidadosa preparación cosmética. "...se pintó los ojos con alcohol y adornóse la cabeza", dice el Libro Sagrado.

La Historia ha interpretado este hecho como un acto de vanidad y coquetería. Otros historiadores, más benévolos, estiman que el pintar sus ojos con antimonio y endosarse la corona, fue un postrer acto de dignidad y el preámbulo, solemne y orgulloso, del final de una reina.

Tal como lo profetizó Elías, fue muerta violentamente por los cascos de los caballos; cuando quisieron darla sepultura, sólo quedaba de su cuerpo el cráneo, los pies y las falanges de las manos. Eran los únicos despojos que respetaron los perros...



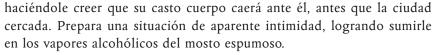
La figura bíblica de JUDIT tiene una personalidad propia. Los textos sagrados la dedican un libro: el de su nombre. Es un fabuloso tipo de mujer.

De la tribu de Simeón, había enviudado de Manasés, al que guardó una respetuosa memoria, recluyéndose en vida y honrándole en todo instante. La belleza adornaba su castidad y ésta potenciaba la hermosura.

La ciudad de Betulia, donde mora, pequeño pueblo al norte de Samaria, se ve cercada y a punto de conquistarse por el general Holofernes y sus tropas. La caída de la ciudad es inminente y sus pobladores no tienen ya confianza en la ayuda divina. Entonces surge providencialmente Judit.

La viuda, enclaustrada y apartada de los impuros ojos de los hombres, se presta a seducir a Holofernes y lograr su muerte. Pero la seducción que propone es un mero formalismo; en el fondo ella tiene la certeza de que su castidad permanecerá sin mácula.

Una vez en presencia de Holofernes se vale de su astucia de mujer para hábilmente engañarle,



Judit no ha caído, pero el hombre sí. La propia espada del sitiador, firmemente guiada por la mano de la valiente viuda, cercena la cabeza del temido Holofernes. Cumplida su misión, y conteniendo su horror por la violencia que protagoniza, da gracias al Señor, que le ha permitido liberar a su pueblo y mantener íntegra su pudicia ante tan difícil situación.

Cranach, en su cuadro de la Pinacoteca de Dresde, nos repite casi el esquema de biotipo asténico con que retratara a Eva. Aquí, Judit, exhibe sus desnudos encantos de mujer- muestrario que sólo se exhibirá, sin ser adquirido- bajo el vaporoso velo de una tenue túnica, que permite contemplar el ampuloso adorno de unos collares al cuello. En su diestra empuña la espada de Holofernes, y en la siniestra- siniestra en toda la acepción de la palabra- la cabeza, varonil y sin vida, del general asirio.

Falconi, para expresar gráficamente el contraste entre los dos caracteres que en Judit se dan, nos relata así el regreso, tras ese homicidio

Judit, verdugo (pintura de Cranach, en la Pinacoteca de Dresde). ^.



patriótico religioso: "...y cuando la casta seductora busca entre las tinieblas el camino hacia su pequeña Betulia, lo que más le atrae es el pensamiento de su silenciosa celda".

Judit segó una cabeza, y otra mujer del Nuevo Testamento, Salome, hizo lo que pudo para que cayera la del Bautista. La intencionalidad en cada crimen es bien distinta, por supuesto; pero a la hora del recuerdo se las iguala injustamente. Así, Ortega y Gasset afirma que "en la morfología del ser femenino acaso no hay figuras más extrañas que las de Judit y Salomé, las dos mujeres que van con dos cabezas cada una: la suya y la cortada".



Como en todas las recopilaciones, el cedazo de la selección a veces falla, y quizá no hayamos sabido exhumar alguna mujer con méritos propios para salir del silencio de las Escrituras al fragor crítico de nuestro siglo XXI.

De todas formas, las mujeres con que hemos convivido dentro de la cita histórico-literaria, sazonada por el intento de desentrañar hipotéticos problemas bio-psico-ginecológicos, compendian un recordatorio de los tiempos que se pierden en la lejanía de los siglos. Resulta del mayor interés comprobar cómo la caracterología de la mujer en el Pentateuco conserva una ancestral línea de paralelismo con las mujeres de la era actual.

La belleza, la inteligencia, la sensualidad, la perfidia, el valor, la bondad, la fecundidad, la esterilidad, la vida y la muerte, son permanentes constantes a través de la evolución cosmobiogénica de la Humanidad.

Creo sería elegante por nuestra parte, a punto de finalizar este escrito, cribar los defectos femeninos y fabricar en la alquimia del espíritu una mujer, simbiosis de los mejores valores. Esa mujer que en el Antiguo, en el Nuevo Testamente y en la diaria historia de nuestros días identificamos los hombres con nuestra madre, con nuestra esposa, con nuestras hijas. Esa mujer de John Gay, que no es una triste utopía, sino una afortunada realidad: "la mujer que tiene una sonrisa para todas las alegrías, lágrimas para todos los dolores, consuelo para todas las desgracias, excusa para todas las faltas, súplica para todos los infortunios y esperanza para todos los corazones".

## TEXTOS CONSULTADOS.

Bower, S.I.- CANTERA: Sagrada Bibilia.

H.V.Morton: Mujeres en la Biblia

Johans Wiesheu: Personajes bíblicos.

Carmen San Sebastián: Mujeres en la Bíblia.

González Porto - Bompiani: Diccionario literario.

Luzienne Mazenod: Las mujeres célebres.

Sainz De Robles: Diccionario de las mujeres célebres.

C.Fernández-Ruiz: La esterilidad en la Bíblia.

Werner Séller: Y la Bíblia tenía razón.

Teilhard de Chardín: La visión del pasado.

Paul Tournier: Bíblia y Medicina.

J.Cruz y Hermida: "Perfiles psicológicos en algunas mujeres bíblicas" (en "La mujer a través de los médicos". Editorial Garsi. Madrid 1970).

